

Afiliado a un partido, el artista pierde libertad... El tema se le impone y su inspiración ha de verterla en unos cauces trazados por la jerarquía.

El poeta no podrá hablar con naturalidad; al escultor y al pintor le serán fruta prohibida motivos y temas, llenos de sugerencias y caminos hacia la belleza.

Y su sinceridad artística—tan necesaria—quedará sacrificada en el altar y culto del partido o en la cárcel fuerte de su miedo.

La poesía llega a cotizarse. Cada realización artística tendrá su estipendio y por este camino como franqueado con sello de urgencia, el poeta, el artista se verá antes conocido y admirado.

Luego, estómago agradecido, obrará por esa fuerte e irresistible inercia que es el compromiso o la costumbre.

Tal fué la historia de Arthur Kostler, escritor húngaro pervertido al comunismo y luego converso de él. Y el caso de Sastre, que anduvo rondando el comunismo con su vida y con sus obras. Y el de Picasso. Lo mismo le pasó a Pudovkin, director ruso de cine: en alguna de sus películas («La vuelta de Vassili Bartnikow») una tesis impuesta en alas de propaganda comunista da al traste con toda la cinta cinematográfica.

Lo mismo que Borislov Charalief, realizador de «Poema del hombre» que en el último festival de Venecia—el verano pasado—obtuvo el más clamoroso fracaso.

Por ser de buenos líricos es más lamentable el caso de Mayakovsky, autor de «El hombre y la máquina»—espíritu puro de la técnica—y el caso de Pablo Neruda, chileno, tan cercano y distante de nosotros.

No es que se rechace una poesía por el hecho de cantar la libertad, el mundo del trabajo, los derechos del hombre, las realidades y problemas sociales.

Dentro de la belleza—y todo es bello y bueno porque Dios lo hizo—no hay nada irreductible con la poesía. Si el poeta lleva palpitanes en su pecho estas realidades humanas y sociales, incluso si las sientes viva como verdaderos «problemas», la poesía saldrá ella sola y naturalmente, del amor a nuestros semejantes.

Walt Witman, el padre del versolibrismo, cantó en versos formidables el mundo del trabajo. Guillermo de la Torre ha cantado la máquina y la fábrica, desde el bando opuesto a Mayakowski Y Gabriel y Galán, tan humano, tiene muy buenos poemas en este sentido, pregoneros de una sociología y caridad muy cristianas: «La jurdana», «El ama», «Los pastores de mi abuelo», «Mi vaquerillo», poemas que cantan una sociedad heril, muy armonizada.

Y ya que hablábamos de cine, de tema social se han hecho en todas partes películas muy bien logradas: la italiana «Ladrón de bicicletas» el mejor éxito de Sicca; en Francia, recientemente, «Bajo el cielo de París» (Duminier) y en España «Cerca de la ciudad» (Luis Lucia) bastante inferior a «La Guerra de Dios» (Gil-Escrivá) y a «Surcos» (Nieves Conde, 1951).

Tampoco se rechaza una poesía por estar inspirada en motivos

nacionales, históricos o geográficos. Esto ha sido el pan de cada día desde los grandes poemas épicos hasta el «Poema de la Bestia y el Ángel».

En las primitivas tribus semitas, el del poeta era un cargo público tan sagrado y tan social como el sacerdocio y tenía el oficio de animar a los guerreros, recurriendo a estos motivos de interés racial. Todavía los salmos parecen tener esa intención de entusiasmar a los soldados contra los enemigos de Dios y de su pueblo.

Todo lo demás es retórica aprendida; esquematismo frío que pone en verso unas lecciones de sociología o economía política. Los poetas obedientes, tomarán siempre una actitud polémica y combativa.

Quizá como en el caso de Neruda la «poética»—estructura del poema; la expresión, las metáforas, el criterio y la conciencia poética—sea formidable; la poesía, no puede serlo. El total de la obra, será un muladar, cubierto de nieve.

Una poesía así, inspirada en el materialismo más universal y en el odio y en la irreligión, a la fuerza tendrá que sentirse sola en el tiempo: huérfana y estéril.

La obra de arte resultará demasiado social, socialista, pero anti-social, deshumanizada.

* * *

Estas tres son las frecuentes dimensiones del tan llevado y traído arte social. Son tres sentidos de una misma palabra, al hablar de arte social conviene tener bien en cuenta estas tres acepciones de una misma expresión para no descalificar estéticamente obras de hondo contenido humano y para no tachar de socialistas nuestros villancicos populares.

JOSE L. MAJADA NEILA

BREVES

La vida es triste, amarga, insoportable;
me dices sin cesar.

¡Bendito sea Dios que me concede
el gran don de soñar!

ELADIA MONTESINO